

LA CIUDAD SIN PLAYA

Si verdaderamente el título general de estas crónicas responde al deseo de confesar-nos con nosotros mismos, y al igual que en público juicio ha de ser dicha la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, fácilmente se llega a una conclusión que, no por triste y lastimosa, puede ser olvidada en un examen de conciencia. Y la conclusión es, sin amago ni tapujo, que nuestra ciudad, cara al turismo, carece nada menos que de playa. ¿Habrás visto en este mundo mayor contrasentido?

La Costa Brava adquirió precisamente su fama por la gran bondad y belleza de sus playas. Pues bien. Resulta que la capital urbana de esta Costa ha podido malbaratar la suya, con una ciencia y paciencia que parecen más bien hijas de un propósito inconfesable. Todo parece haber sido dispuesto para que de nuestra playa no nos quedara otra cosa que su recuerdo. Con la mayor inconciencia la apostamos a cara y cruz y perdimos totalmente la partida, precisamente en el momento que el turismo comenzaba a brindarnos sobre el tapete las primeras ganancias.

Viejas historias. — Es natural, que por su misma vida y vocación marineras, la ciudad convirtiera en el pasado su playa en otro de sus apéndices de labor y de trabajo. Ni entonces existían los medios técnicos de nuestra época, ni en el aspecto urbanístico soplaban los aires ambiciosos que caracterizan a nuestra historia más moderna.

Además, los guixolenses tenían en San Pol la playa número dos, limpia de polvo y de paja, lugar ideal para el más sano esparcimiento y en la cual todas las generaciones anteriores a nuestra guerra iban allí, especialmente al

atardecer, a realizar un sin fin de comilonas.

Por eso, es natural, que poseyendo una playa para nuestras labores de cada día y otra para satisfacer los ocios de los festivos, poco o nada importaba a la ciudad el que la playa de su casco andara sin las debidas atenciones, por lo que, sin rubor ni escrúpulo, permitiéndose que vertieran a la misma las aguas residuales sin ninguna de las precauciones que la técnica resuelve y la higiene preconiza.

Errores contemporáneos. — Poco teníamos, y, de lo escaso que nos quedaba, nos jugamos al desastre hasta la última carta. El mar se enamoró del único trozo de playa decente que nos quedaba entre la altura de la Rambla Vidal hasta la desembocadura de la Riera del Monasterio. Y entonces la mente humana quiso completar la obra destructora de las aguas, sembrando aquella porción con aristas de peñasco. El antiguo «Moll de Pedra» podía rehacerse y prolongarse. Pero no. Esta protección habría salvado la playa. Y en cambio, escrito estaba que precisamente nuestra ciudad debía quedarse sin ella.

Triste realidad. — Porque la verdad, como siempre, no es más que una: que la playa se nos fué entre las necesidades de los tirones y la indiferencia de los troyanos. Por el Este, el rincón del Fortim, tiene de playa, lo que el adefesio de beldad, agravado en verano por todas las mugriencias del camping comercial. Por el centro, y partida en dos mitades, la una sirve de aparcamiento — y dale con los aparcamientos — de la industria pesquera, mientras que la otra restante fué destinada al cultivo del pedregal. Y, finalmente, por el Oeste, o sea en la cuarta de sus porciones, tampoco cupo a nuestra playa mayor suerte. Ahí sigue petrificado, como el Monasterio, ese nuevo gran tullido que hoy son los Baños San Elmo y del que en su día vamos a tratar, pero no en el plan de tertulianos de café que, porque otra cosa no pueden, solo aspiran a lograr el aplauso de la galería.

Doctrina de la tradición. — Dicho fué, y consignado en estas mismas páginas en más de una ocasión que el verdadero espíritu de una tradición consiste en hacer a cada actualidad, lo que a tenor de las obras y empresas realizadas en su tiempo, hubieran hecho nuestros progenitores en la hora presente. De una cosa, pues, podemos estar seguros: Que los responsables de aquella generación, que legó a nuestra ciudad sus Paseos en una conquista urbana tan sagaz y esplendorosa como serlo pudieron nuestras glorias en Mallorca y Lepanto, no se hubieran quedado sin playa. Lo que equivale a decir que nosotros, en su puesto, y con la manía persecutoria que sentimos para todo lo grande, no habríamos hecho otra cosa que ir hipotecando esos espacios para, en lugar de dos. Paseos, traer al mundo a dos mellizos sietemesinos que hoy serían dos callejones sin salida.

Obras son amores. — Una ciudad que aspira a ser turística como la nuestra y que por demás se siente y la dicen capital de la Costa Brava, podía en el peor de los casos perder muchas cosas, aunque nunca su playa. Y eso ha sido, sin que nada o muy poco se hiciera para evitarlo.

Dicen que para todo se debe tener vocación, sentir y vibrar por lo que se dice y se

hace. Por lo que respecta a ciertas cosas, puede que la vocación se haya en muchos casos excedido. Pero, por lo que respecta al turismo, podemos asegurar que la pedimos prestada, como el que para concurrir a una solemne e inesperada ceremonia véese precisado a alquilar una levita.

Está bien que en el año cincuenta el turismo nos cogiera poco menos que desprevenidos. Pero hoy, al cabo de seis años de ordeñar en la industria, toda improvisación y falta de perspectiva nos parecen realmente imperdonables.

Es gracioso, por no decir deplorable, que hoy los nuevos y flamantes entendidos, al hablar de turismo, no les ocupe otra cosa que la modernización y capacidad de alojamiento en los hoteles. Como entre otras cosas se olvida fácilmente que es tan verdad que los turistas aquí vienen en romería por ese santo que se llama Costa Brava, como que la peana de sus núcleos y ciudades ha de hallarse a tono, en urbanismo y comodidades, con la realeza y majestad del personaje que sostienen.

Será por falta de habitud y, por ende, de experiencia, que por aquí nuestras ideas sobre el turismo responden a una mentalidad de colegial, con el agravante propio de los que solo concurren a las clases un par de días a la semana. Los que no tienen necesidad de aprender las reglas de restar y dividir, porque según ellos, para traficar en turismo, con sumar y multiplicar tienen bastante.

Y así, con ideas tan nefastas como peregrinas, es fácil que a la hora del balance, como hoy ocurre en nuestro caso, tengamos tristemente que consignar nada menos que la pérdida de nuestra playa. O sea el extravío de un bulto, de volumen y proporciones tan enormes, como para que en el momento de la sustracción nos hubiéramos dado perfecta cuenta.

No todo, empero, está perdido. — Estimamos que, sin necesidad de crear la Asociación de Amigos de la Playa, la ciudad se hallará dispuesta a velar por su prestigio, recuperando como sea, y al precio que resulte, esa pieza tan básica como importante dentro de su engranaje turístico.

¿Hemos pensado alguna vez lo que podrían ser nuestros Paseos en un plan urbanístico de conjunto, con una playa libre de piedras e hipotecas, y en manos de un genio diseñador de los que estén ya familiarizados con los grandes horizontes y perspectivas? Y si a ello le añadimos el magnífico telón de fondo del Fortim y la colosal construcción de lo que un día, cuando se lo permitan, volverá a ser de nuevo el Balneario de San Elmo, díganlos ustedes, si a guisa de poner título a una película de colores, podrá haber en el mundo turístico un mayor espectáculo. Niza y Montecarlo — por solo citar las por aquí más populares — se hallan, pues, al alcance de nuestras manos. Claro que para ello, como para todo lo importante, no ha de temblarnos el pulso. Ni menos dispensar a la cosa, o mejor dicho a estas ideas, lo que hacen siempre los incapaces y los incrédulos: pagarnos con una muy estúpida sonrisa de conejo.